

LETRAS

LETRILLAS

L&TRONES

100

LETRAS LIBRES
MAYO 2011

CUBA ABSUELTOS POR LA HISTORIA

✎ JORGE EDWARDS

Hubo una época de conversaciones conspirativas. Yo regresaba de Cuba, a comienzos de la década de los setenta, y había, a pesar de la aplastante hegemonía intelectual del castrismo, encuentros fuera de la norma, contrarios a la corriente, más bien secretos, que abrían horizontes extraordinarios. Pablo Neruda, que se encontraba al frente de la embajada chilena en París, se cuidaba mucho, pero de repente, en circunstancias especiales, hablaba. Por ejemplo, con su amigo Louis Aragon, con Eugenio Evtuchenko, con el incisivo y burlón Ilya Ehrenburg. En un almuerzo de La Coupole, él pedía prietas de entrada y el ruso seis ostras “de belon”. “¡Eres un bárbaro!”, exclamaba Ehrenburg, con una sonrisa olivácea, retorcida, y el chileno contestaba de inmediato: “¡y tú amas la podredumbre occidental!”. Eran estocadas, insinuaciones constantes, salpicadas de chistes políticos subversivos, pero las conversaciones de fondo entre la gente de partido escaseaban, o no se lle-

vaban a cabo en presencia de burgueses sospechosos.

A mí me visitaban personas de un anticastrismo subterráneo, obligatorio en esos años, y lo hacían a menudo con aires de secreto, mirando hacia atrás por encima del hombro. No puedo decir ahora que la situación fuera cómoda. Era inquietante y provocaba una sensación difusa de culpabilidad. Los laberintos procesales de Franz Kafka funcionaban con intensidad entre el Caribe y la ribera izquierda del río Sena. Haber adquirido, al cabo de tres meses, una visión escéptica, más bien distante, podía ser la revelación de un espíritu perverso. Recuerdo, por ejemplo, largas conversaciones con el arquitecto cubano Ricardo Porro y con Enrique Zañartu. Ricardo, uno de los grandes personajes de la arquitectura latinoamericana, había sido castrista de la primera hora, se había desilusionado en poco tiempo y había escapado con Elena, su mujer, a París. Yo vislumbraba en esos encuentros con Ricardo una curiosa afinidad con otros personajes cubanos de la sombra, del exilio interior, sobre todo José Lezama Lima y Enrique Labrador Ruiz. Lezama era precavido, temeroso; Labrador, en cambio, contaba

historias grotescas a grito pelado, bebía whisky a destajo y no se cuidaba de nada. Porro, incisivo, político, había conseguido sobrevivir en París y parecía que no necesitaba cuidarse, a pesar de que el dogmatismo atmosférico era pesado. Una noche, en un restaurante con nombre de número, en la rue de la Convention, me encontré con el pintor Wifredo Lam y trató de decirme algo, pero no entendí una palabra. Solo entendí que había tratado de comunicarme algo que estaba fuera de los caminos oficiales y que no había llegado hasta el final del recorrido.

Ahora, después de casi cuarenta años, me he vuelto a encontrar con Ricardo Porro y con su mujer. A sus 85 años de edad, sigue con la agilidad intelectual, la curiosidad, la memoria de siempre. Me cuenta que fue invitado a Cuba, con gran sorpresa de su parte, y que puso algunas condiciones: pagarse él mismo los pasajes y el hotel, no reunirse con políticos, que no hubiera recepción social después de su charla. Fue recibido por un interlocutor oficial, en una sala que se había llenado de bote en bote (“ya que no hablar en Cuba de una persona es la mejor manera de mantenerla vigente”), y le hicieron la siguiente pregunta: “¿Qué piensa usted de la arquitectura de la Cuba revolucionaria?” Respuesta: “Que es muy mala.” Se armó una batahola, el interlocutor oficial levantó un micrófono y dijo que la conferencia había terminado. Se escuchó entonces una música popular estridente –guarachas, cumbias, sones–, y la audiencia empezó a retirarse. Aun cuando había constado de cuatro palabras, la charla del arquitecto, su mensaje, su crítica lapidaria, habían sido superiores a todo lo previsible.

Sentado en su sillón patriarcal, hierático, sorbiendo su whisky, Porro se sorprende porque la revolución, después de un poco más de cincuenta años, permite resucitar a una burguesía habanera que

era inconfundible. Asistió a una ceremonia, una inauguración o algo parecido, y observó a las policías que mantenían a raya a una muchedumbre mestiza embobada. Llegaban coches de lujo y bajaban mujeres vestidas de tules celestes o rosados, bien peinadas, de elegantes carteras y sombreros. Divisaban a una conocida y se saludaban a gritos, por encima del bullicio del ambiente: “Ven a bañarte a mi piscina el domingo y después hacemos una comida en el jardín.” Burguesía de Luis Buñuel, de Lino Novás Calvo, de algún otro. Porro sostiene que el ministro de Cultura ha sido inteligente y ha sabido mantener márgenes de libertad que de otro modo no existirían. Y concuerda conmigo en que Fidel Castro puede ser simpático (“porque le gusta mucho que lo quieran”) y en que es el más perfecto encantador de serpientes. Una conocida señora del cuerpo diplomático se fue a nadar a la playa de Varadero, un día de calor agobiante: la arrolló una ola y se encontró en brazos de otro nadador. Levantó la vista y descubrió que el otro nadador era Fidel Castro en persona. Parece que no fue rechazada por el Comandante sino, por el contrario, retenida en sus brazos hasta horas avanzadas de la noche. Ella le organizó a los pocos días una cena en su embajada y convidó a miembros del cuerpo diplomático. En medio de numerosas corridas de daiquiris, se abrieron las puertas del jardín y entró el Comandante en Jefe. Hizo un gesto y todos los presentes —embajadores, agregados, turistas de lujo— corrieron a ponerse en fila para salir en una foto con él. El Comandante dijo que era mejor, por razones de iluminación, sacar la foto en el muro opuesto. Todos corrieron, ahora, al lugar indicado, dando tropezones. Cuando Fidel Castro se fue de la casa, la gente se agolpó en los balcones para contemplar su retirada, en medio de una estela de risas, de suspiros, de exclamaciones de admiración.

¿Cuál es el balance político?, le pregunto al arquitecto.

Hoy, después de medio siglo, tiene a Venezuela, a Ecuador, a Nicaragua y Bolivia, en parte a Uruguay. ¡No es poco, chico!

La historia lo absolvió, entonces.

Ricardo Porro, con su cara pícarra, expresiva, se encoge de hombros, levanta su bastón y se ríe. Hablamos de alguien que había sido compañero de estudios de derecho del Comandante, que lo encontraba inteligente y lo llevaba a comer con la familia, pero no confiaba en él, y cuando llegó al poder, decidió irse de la isla con camas y petacas. También, a su modo, lo absolvió la historia, para tranquilidad y equilibrio de todo el mundo. —

POLÍTICA INTERNACIONAL INTELECTUALES Y PODER EN LA GUERRA POR LIBIA

—ÁNGEL JARAMILLO

La relación entre la *intelligentia* y el poder ha sido uno de los temas más acuciantes al menos desde que la ciudad de Atenas condenó a Sócrates. Es bien sabido que Platón fracasó en convencer a Dionisio el joven de convertirse en un rey-filósofo. Sócrates no pudo salvar el alma de Alcibíades. Alejandro Magno se dejó llevar por la *hybris* y no por la prudencia aristotélica. Séneca fue víctima de Nerón y Heidegger perdió la brújula en su admiración por Hitler. En el siglo xx, Julien Benda denunció a los clérigos por la falta de ética de sus incursiones políticas. Pero a veces, la interacción entre el poder y los intelectuales puede tener efectos más saludables.

La necesaria intervención para impedir que Muamar Gadafi, un engendro extraído de Tácito, aniquilara en masa a la población de Benghazi —lo que nos ahorró tener otro Rwanda en nuestra



+Lévy, el intelectual y la guerra.

conciencia— ha revelado una historia escondida en que la dialéctica entre el poder y los intelectuales ocupó el primer plano. Si Nicolas Sarkozy no es Dionisio el joven, ni Alcibíades, ni mucho menos Alejandro Magno, nadie se atrevería a comparar a Bernard-Henri Lévy con Sócrates, Platón o Séneca. Y sin embargo, la decisión que tomó Barack Obama a favor de la intervención militar en Libia tiene su origen en una conversación telefónica que cruzó el Mediterráneo entre el voluble presidente francés y el intelectual de *jet set*.

Lévy es un curioso caso en que la energía del activista político y las precisas geometrías del teórico se alían con una personalidad de actor hollywoodense que quisiera interpretar el papel de Sartre en un exquisito cine del Greenwich Village. Su interés por la primera plana lo ha llevado a cubrir las guerras de los Balcanes y las cíclicas explosiones que preferimos llamar Medio Oriente. Lévy ya había demostrado arrojo y oportunismo —una virtud y un defecto— con su libro *¿Quién mató a Daniel Pearl?* Pero esta vez su intervención ha tenido graves consecuencias. Con impecable sentido de la historia, Lévy viajó a Benghazi para reunirse con los líderes de la oposición a Gadafi, mientras este ya había iniciado el zafarrancho

que lo conducirá, lenta pero inexorablemente, a su destrucción.

Mientras Hillary Clinton deambulaba, con el rostro demacrado de un sonámbulo, por las capitales de Europa y el Magreb tratando de entender la naturaleza de los rebeldes libios y de practicar lo que ella llama “diplomacia inteligente” —expresión a un tiempo redundante y falaz—, el intelectual francés convencía al presidente de la Quinta República de que existían afinidades electivas entre el De Gaulle de la resistencia francesa durante la ocupación nazi y los miembros del Consejo Nacional de Transición de la República Libia que se oponían al régimen totalitario de Gadafi (*Jamabiriya* quiere decir Estado de las Masas). Poco después Lévy viajaba a París junto con tres de los líderes de oposición para presentarlos con Sarkozy en el *Palais de l'Élysée*, la residencia oficial del presidente de la República francesa desde 1848. De esta manera, la astucia de la historia decretaba paralelismos significativos entre las revoluciones democráticas en la Europa de 1848 y las revueltas populares en el Medio Oriente en 2011.

Como resultado de la conversación entre Sarkozy y los rebeldes libios, el presidente francés decidió reconocer al Consejo Nacional de Transición como el gobierno legítimo de Libia. Se trataba de un paso audaz. La noticia fue recibida de inmediato por los diplomáticos franceses que fatigan los corredores del edificio de la ONU en la isla de Manhattan. Durante varios días, el eje París-Londres se esforzó en redactar un borrador de resolución con el que buscaba convencer a los otros miembros del Consejo de Seguridad de imponer una zona libre de vuelos en Libia para proteger civiles de las arremetidas del ejército de Gadafi. Pero nada avanzaría sin el respaldo de Estados Unidos.

El problema era que Barack Obama parecía confundirse a sí mismo con Hamlet y a la Casa Blanca con el Castillo de Elsinore.

Muchos esperaban el gran discurso de Obama que, con ecos lincolnianos, llamaría a la comunidad internacional a tomar la decisión de recurrir a la fuerza para impedir que Gadafi cometiera lo que, de acuerdo al estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional, constituye crímenes contra la humanidad. Pero Obama no atinaba a decidirse.

No fue sino hasta que Hillary se reuniera en París con los mismos líderes que Lévy le había presentado a Sarkozy que la vuelta de tuerca de la historia se orientó hacia la acción. Después de reunirse con los rebeldes, Hillary viajaba a El Cairo con el propósito de conversar con el grupo de jóvenes que habían encabezado la revolución de febrero y que había culminado con la renuncia de Hosni Mubarak. Pero los jóvenes egipcios se negaron a reunirse con Hillary, a quien consideraban parte de un gobierno que no los había apoyado cuando más lo necesitaban. Por unos momentos Hillary parecía desconcertada en medio de la Plaza Tahrir. Las calles de El Cairo habían convencido a la secretaria de Estado de que, si Estados Unidos no actuaba pronto y decididamente a favor de los rebeldes, la animadversión de las nuevas generaciones en el Medio Oriente contra el gobierno de Obama estaría garantizada.

Poco después se llevaría a cabo una reunión histórica en la Casa Blanca. Dos grupos se disputaban el corazón de Obama. A favor de la intervención estaba un grupo de asesores del Consejo Nacional de Seguridad, entre ellos Samantha Power —una veterana de los derechos humanos y conocida autora de libros como *A problem from hell* y una biografía del diplomático brasileño, Sergio Vieira de Mello—, Gayle Smith y Mike McFaul. Los apoyaba Hillary Clinton vía telefónica. En contra estaban el secretario de Defensa, Robert Gates; el asesor de Seguridad Nacional Tom Donilon, y su mano derecha, Denis McDonough. El primer grupo se impuso. No solo los argumentos

sino la historia estaban de su lado. Esa misma noche Obama giró instrucciones a su embajadora en las Naciones Unidas, Susan Rice, para que esta promoviera lo que a la postre se convirtió en la resolución 1973, que iba más lejos que la propuesta anglofrancesa. Obama no solo quería la imposición de una zona de libre vuelo, sino el permiso para establecer “todas las medidas necesarias” que impidieran a Gadafi continuar masacrando a la población civil. Dos días después los misiles de precisión descendían como una tempestad de acero sobre Libia, destruyendo buena parte del arsenal del régimen. La audacia de la esperanza había dado paso a la esperanza de la audacia. —

CARTA DE DAMASCO

LA PRIMAVERA ÁRABE

Tenemos derecho a amar el final de este otoño y a preguntarle: / ¿Hay espacio en el campo para un otoño nuevo, mientras tendemos sobre él nuestros cuerpos carbonizados? [...] Otoño. Tenemos derecho a aspirar el perfume de este otoño y pedirle a la noche un sueño. / ¿Puede enfermar un sueño como los soñadores? Otoño, otoño. ¿Puede nacer un pueblo sobre una guillotina? / Tenemos derecho a morir como queramos, para que la tierra pueda ocultarse en una espiga.

Mahmud Darwish*

✂️ DIEGO GÓMEZ PICKERING

POR LA MAÑANA: ESO DEL CAMBIO CLIMÁTICO

En los entramados pasillos cubiertos del zoco Al Hamidiyeh, el corazón comercial de esta añeja Damasco que se disputa con Jericó, entre muchas otras cosas más, el título de la ciudad continuamente habitada más antigua del mundo (por lo menos ocho milenios), la actividad comienza al despuntar el alba. Entre las columnas restantes del templo romano dedicado a Júpiter, la

* Versión de María Luisa Prieto: “Tenemos derecho a amar el otoño”, *Menos rosas*, Madrid, Hiperión, 2001, p. 39.



+Primera dama de la dictadura.

tumba de Saladino, los muros de derruidas iglesias bizantinas y señoriales palacios otomanos construidos sobre restos griegos y asirios, lo mismo van que vienen peregrinos iraníes cantando desgarradores loas al imam Alí, grupos de turistas europeos con cámaras fotográficas colgando del cuello (cada vez los menos) y damascenos de toda calaña cargados de compras. Todos se entremezclan en oscuros callejones solo iluminados por lámparas de gas y furtivos rayos de sol que logran colarse a través de los agujeros que ostenta el techo de hierro, esculpidos por la artillería francesa durante el período de la ocupación como respuesta a una primigenia revuelta árabe.

Ahí, unos y otros pasean, ufanos o humildes, por completo absortos pero al mismo tiempo plenamente conscientes de su entorno. Escapando y siendo atrapados en la misma medida por las miradas astutas y la voz seductora de sus tenderos y marchantes que desde siempre han sido los dueños y señores de ese laberinto sin salida. Durante las mañanas de este año, sin

embargo, algo extraño se viene cerniendo sobre ese universo paralelo al resto del mundo. Un ambiente enrarecido, ajeno a los aromas primaverales del azahar y del jazmín, puebla esos pasadizos que con el paso de los días lucen más vacíos que de costumbre. “Pobres de nosotros, este año la primavera ha llegado antes de lo habitual, puede que sea cierto eso que dicen del cambio climático o que simplemente el aire a nuestro alrededor esté cambiando”, me dice con un tono melancólico, tan usual entre los habitantes de esta ciudad, Hussein, un quincuagenario de tupidos bigotes que todas las mañanas viene al zoco desde su pequeño pueblo localizado a una veintena de kilómetros para vender lo que puede de su humilde cosecha de tomate y pepino, este año particularmente magra a consecuencia de las cortas lluvias que sobrevinieron a una prolongada sequía.

Y es que Hussein tiene toda la razón, la primavera llegó a esta parte del mundo mucho antes de lo esperado; en algunos casos, como el de Túnez o el de Egipto, justo a la mitad del invierno. Algo que en principio, desde Damasco, se vio con incredulidad y reticencia pero que poco a poco fue captando la atención de todos y comenzó a verse como un aliciente de tiempos mejores, de clima benigno después de un largo período de penumbras; un presagio del esperado cambio. No obstante, ahora que esa motivante primavera ha llegado finalmente a Siria, tanto literal como metafóricamente, las conciencias están divididas por el miedo. Y como Hussein, toda Damasco espera impaciente e incómoda pero nunca indiferente el desenlace que esos altibajos del cambio climático habrán de traer consigo.

POR LA TARDE: LO QUE ESTÁ IN Y LO QUE ESTÁ OUT

De acuerdo con el número especial de primavera de la edición estadounidense de la revista de moda *Vogue*, Asma Al Assad, la esposa del presidente sirio Bashar Al Assad, es “una rosa en el desierto”, “la más fresca y magnética de las primeras damas”.

En una entrevista inédita de tres mil palabras aparecida en la publicación mensual el pasado marzo, la mujer nacida en Londres, hija de diplomáticos y de confesión suní quien, a ojos de muchos, en particular de aquellos que lo apoyan, es la mejor cara del régimen de partido único del país, la de la apertura económica y la modernidad, afirmó que en su casa priman principios democráticos; “todas las decisiones las sometemos a votación”, declaró, pudor aparte.

Tal derroche de esfuerzos de la maquinaria de relaciones públicas del gobierno, que a los pocos días generó una irónica respuesta por parte de los editorialistas del diario *Wall Street Journal* bajo el apto título “La esposa del dictador calza Louboutin: la revista *Vogue* erró la tendencia, los tiranos de Oriente Medio están out esta temporada”, fue sin embargo recibido con beneplácito en los bulevares plagados de tiendas y restaurantes de Abu Rumani, el barrio predilecto de la burguesía local. Ahí, cada tarde, las terrazas se llenan de humo de narguile y tazas de café turco, de conversaciones irrelevantes en donde la disidencia no tiene lugar.

“Para mí [la primera dama] es un ejemplo de lo que Siria representa como país, es nuestra visión del futuro y símbolo de nuestra fortaleza y unidad. La verdad es que me siento muy orgullosa de la entrevista en *Vogue*, es bueno que en occidente escuchen nuestra voz y qué mejor manera de hacerlo que a través de Asma”, confiesa Zeinab, una veinteañera de coquetos ojos verdes e inmaculada belleza que como todos en derredor habla perfecto inglés, ha estudiado en Europa y se identifica con lo declarado por la esposa de su presidente. Zeinab es parte de esa élite que no entiende a Siria si no es a través de los cuarenta años de gobierno de la familia Al Assad; representa a ese minúsculo reducto de los 22 millones de habitantes del país que bien puede ser cristiano, druso, suní o, sobre todo, alaui y el cual se ha visto beneficiado, social

o económicamente, por el padre, Hafez, o por el hijo, Bashar. Ese grupo de personas para quienes el omnipresente aparato de seguridad del partido Baaz, opresor de libertades, que va de paisano y actúa con impunidad, respaldado por el estado de emergencia bajo el que vive Siria desde 1963, no representa amenaza o vulnerabilidad alguna sino, todo lo contrario, protección y garantías. Esa gente que al terminar su café y sus pláticas inocuas se aventura a explorar los escaparates de las boutiques de moda en donde se exhiben las prendas de la temporada primaveral, en las que un vestido se vende por 60 mil libras sirias (diez veces el salario mínimo establecido).

POR LA NOCHE: COLORÍN COLORADO ESTE CUENTO (NO) SE HA ACABADO

Pasó una semana entera después de que se bañaran de sangre las calles de la sureña ciudad de Deraa, cuna de las protestas que claman mayores libertades civiles en el país, por no hablar de mejoras sociales y de oportunidades además de clemencia económica, antes de que el presidente sirio, Bashar Al Assad, hiciera una aparición pública. En punto de las diez de la noche, Damasco comía ansias, todo era silencio; los cláxones de coches que clamaban larga vida al régimen y que se habían convertido en el sustituto imbatible de los cantos del muecín para llamar a la última oración del día eran ahora tan sublimes como las calladas voces de protesta que evitando ser oídas por las paredes musitaban su alegría ante la llegada de la primavera.

En el barrio trabajador de Mezze Jebel, la casa de Hervin, una activista kurda desprovista de nacionalidad siria, como la mayor parte de sus compatriotas, era un hervidero de ideas. La anfitriona, de escasos treinta años de edad y franca sonrisa, maestra de árabe clásico en un colegio privado, fue liberada la víspera, después de permanecer quince días detenida en una cárcel de máxima seguridad junto con varios de sus

compañeros. La razón: haber participado en un plantón silente frente al Ministerio del Interior solicitando clemencia para los presos políticos. La comparecencia de Al Assad frente a la Asamblea del Pueblo duró mucho menos que el tiempo de espera; su contenido, precedido de grandes expectativas por presuntos anuncios relativos a la reforma política, resultó hueco. “No lo puedo creer”, atinó a decir, con voz entrecortada, Hervin.

Los días y semanas siguientes han estado inundados de incertidumbre y desinformación. Teñidos por igual de rojo sangre que de blanco esperanza. En esta milenaria Damasco, tan reacia al cambio, hay algo que ya no es lo mismo. La ciudad y su gente han dejado, para siempre, de ser sordas y mudas. Todo parece indicar que esa primavera adelantada ha llegado para quedarse y habrá de extenderse, nos guste o no, incluso hasta el otoño. —

CIENCIA ROMEO Y JULIETA (Y DARWIN)

¿PUEDE LA CIENCIA
EXPLICAR EL AMOR?

✎ ALEJANDRO FRANK

Investigaciones científicas recientes han demostrado que la frase “locamente enamorado” no es una simple metáfora, ya que hay amplia evidencia que sugiere que el enamoramiento es fisiológicamente similar a las enfermedades mentales.

La mayoría de los mamíferos tienen comportamientos afectivos y expresiones emocionales que en términos humanos suelen interpretarse como conductas amorosas. El amor romántico, sin embargo, parece ser una característica exclusiva de la especie humana. El arquetipo de este amor, apasionado y muchas veces imposible, es la historia clásica de *Romeo y Julieta*, la tragedia de William Shakespeare escrita en 1597. Es la historia de dos jóvenes que, a pesar de la oposición de sus familias, deciden,

contra viento y marea, continuar su romance y casarse de forma clandestina. Una serie de infortunios conducen al suicidio de los dos amantes. De esta trágica manera, su amor, o al menos la idea de este, perdurará por los siglos, puro e inmaculado. En numerosas ocasiones he imaginado qué habría sido de ellos si, por azares del destino, hubieran sobrevivido. Un Romeo cuarentón, calvo y algo dado al *chianti*, llegando a casa donde una obesa Julieta, harta de cocinar la pasta, lo espera de mal humor entre los llantos de sus nietos... una imagen nada romántica. Pero regresemos al asunto que nos ocupa. El amor apasionado sin duda existe y, aunque tal vez no es tan duradero como quisiéramos, juega un papel determinante en nuestras vidas.

Por ello vale la pena preguntarse, ¿a qué se debe este insólito comportamiento humano, único entre las millones de especies que pueblan nuestro planeta? Charles Darwin y Alfred Russel Wallace propusieron la teoría de la evolución en el siglo XIX, teoría que se ha convertido en un hecho incontrovertible con los descubrimientos posteriores de las ciencias biológicas. El propio Darwin y científicos del siglo XX, intentaron conciliar esta teoría con el estudio de la conducta de distintas especies, incluidos los insectos sociales (hormigas y abejas), los mamíferos en general, y los primates en particular. Científicos contemporáneos como Desmond Morris, Richard Dawkins, Daniel Dennett y Steven Pinker han popularizado la psicología evolutiva, según la cual nuestro comportamiento es influido por los millones de años de evolución hasta llegar a ser lo que somos. La psicología evolutiva propone que la psicología y la conducta de los humanos y primates pueden ser entendidas conociendo su historia evolutiva. Específicamente, propone que la mente de los primates, incluido el humano, está compuesta de mecanismos funcionales que se han desarrollado mediante selección natural por ser útiles para la supervivencia y reproducción del

organismo. La psicología evolutiva intenta explicar características mentales de la especie humana (tales como la memoria, la percepción, el lenguaje, y fundamentalmente las emociones) como adaptaciones: es decir, como los productos funcionales de la selección natural, forzados por la competencia para sobrevivir y reproducirse. Este enfoque adaptativo es utilizado para entender mecanismos biológicos como, por ejemplo, el sistema inmunológico. La psicología evolutiva aplica este mismo principio a la psicología.

Stephen Jay Gould, Richard Lewontin y otros científicos han criticado la idea de que esta historia evolutiva influye de manera determinante en nuestro proceder, proponiendo en cambio que la cultura es la razón esencial de las diferencias entre los individuos. Otros describen la psicología evolutiva como un intento de justificar los privilegios del género masculino y de ciertas culturas. Los investigadores de la conducta animal reconocen sin chistar el papel de la evolución en nuestras características físicas, pero las interpretaciones de la teoría de la evolución a la psicología humana son mucho más polémicas. ¿Qué dice esta teoría sobre el surgimiento de las conductas amorosas en nuestra especie? De acuerdo con la Biblia (Génesis, 3:16), Dios maldijo a Eva y la condenó a parir con dolor, como castigo “por haber comido del fruto del conocimiento”. La mayor diferencia que los seres humanos tienen con los otros grandes simios es sin duda su inteligencia (aunque esta parece escasear cada vez más en el planeta). Claramente, el desarrollo de inteligencia confirió a los humanos grandes ventajas evolutivas.

Efectivamente, para “comer del fruto del conocimiento” los humanos tuvieron que triplicar, a lo largo de los últimos millones de años, el tamaño de sus cerebros y también el volumen de sus cráneos. Estos grandes cráneos provocaron graves y crecientes problemas durante el parto. “Parirás con dolor” (maldición que recae solamente sobre la mitad más agra-

ciada de la humanidad), es el penoso primer costo de nuestra inteligencia. Otro factor que complicó las cosas es que los humanos adquirieron una posición erguida y se volvieron bípedos, de manera que pudieron liberar las extremidades superiores para convertir las en las herramientas principales de su nuevo y poderoso cerebro. La pelvis femenina experimentó presiones evolutivas para ser estrecha, lo que favorece la locomoción en el bipedalismo, pero soportó iguales o mayores presiones para ser amplia y favorecer el nacimiento de bebés de cráneo cada vez mayor. ¿Cómo resolver esta disyuntiva? La estrategia que la evolución humana adoptó consiste en parir prematuramente. De este modo, los humanos pueden seguir desarrollando sus grandes cabezas sin comprometer la locomoción de la madre. Los bebés humanos son extremadamente inmaduros, el volumen de sus cráneos aumenta 60 por ciento en el primer año de vida y son solo la cuarta parte de lo que serán cuando adultos. Un bebé humano tiene huesos muy flexibles y presenta diversos espacios entre ellos (fontanelas) que solo se cierran meses después del nacimiento. El parir vástagos tan inmaduros es algo único entre los mamíferos, con la excepción de los marsupiales (como los canguros), que mantienen a sus crías en una bolsa por un tiempo muy extenso. El problema es que los infantes humanos son dependientes de su madre por períodos muy largos (en comparación, un potrillo o un ternero pueden caminar minutos después de nacidos). En ausencia de bolsas como las de los canguros, el cuidado de los desvalidos infantes resultaba imposible para una madre “soltera”. La adaptación evolutiva fue la de favorecer fuertes lazos afectivos y el desarrollo de ligas emocionales de mayor duración con el padre, que lo mantuvieran atento e interesado en la madre y el retoño. Esto se logró paulatinamente con base en otras adaptaciones, la más prominente siendo la capacidad de las hembras humanas de mantenerse sexualmente activas, incluso en períodos en los que no son fértiles. A

través de los milenios estos cambios se reafirmaron y retroalimentaron, llevando a las fuertes ligas emocionales que hoy llamamos amor. El amor ha sido entonces parte integrante de la naturaleza humana y factor esencial de nuestra estrategia evolutiva como especie. Esta trayectoria de sucesivas transformaciones adaptativas, que llevaron al desarrollo de relaciones más estrechas entre los seres humanos, es ilustrativa de los extraordinarios procesos evolutivos en general.

No obstante esta singular forma en que la ciencia interpreta y hace comprensible (e incluso indispensable) la existencia del amor romántico, desde el punto de vista evolutivo estos sentimientos solo son necesarios durante un tiempo suficiente para lograr una exitosa crianza. Ello, tristemente, no garantiza que se mantenga como un sentimiento intenso y pasional a lo largo de nuestras vidas.

Romeo y Julieta, por fortuna, seguirán siempre enamorados. —

OCIO MISERIAS DEL TIEMPO LIBRE

✎ VIVIAN ABENSHUSHAN

Fue a la playa para pensar en la nada. No es que fuera esa su intención (en realidad, buscaba lo contrario), pero el destino dispuso todo para que, echada sobre la tumbona y ante el majestuoso paisaje de la bahía, acabara teniendo la impresión de que había ido hasta ahí para sentirse miserable.

Imagino esta escena mientras leo un artículo sobre la “depresión de la tumbona”, una rara amenaza psicológica que acecha a los vacacionistas del nuevo milenio, el síndrome irónico de un mundo que ha perdido su capacidad para refocilar. Ahí está la jefa de recursos financieros en bikini, lejos del memorándum de último minuto y liberada al fin del apremio y las llamadas telefónicas. Pero ella se siente desfallecer. Intenta leer y no puede, quisiera contemplar la puesta de sol pero no tiene ánimo, un vodka

apenas aminora sus incomprensibles ganas de llorar. Añoraba esas vacaciones, tantas veces postergadas, pero ahora que han llegado no las puede disfrutar. El ocio le causa un incomprensible dolor. Y así, inquieta, se revuelca sin parar en su tumbona, fustigada por un insecto invisible, menos prosaico que las pulgas de arena, más lacerante, metafísico incluso: el mosquito del vacío. “Nada tan insoportable para un hombre que estar en reposo absoluto —escribió Pascal—. Entonces siente su nada, su insuficiencia, su dependencia, su impotencia.” Lo único que desea la jefa en vacaciones es volver a trabajar. Porque así, inmóvil y puesta a contemplar su paisaje interior, le ha llegado de pronto la sensación recalcitrante de haber desperdiciado una vida, la certeza de que, lejos de la oficina, ya no es nadie. La insatisfacción se adueña de ella mientras se aplica el bronceador y no puede dejar de pensar en lo que habría llegado a ser si hubiera sido fiel a sus impulsos de juventud. Se trata del *Angst*, sobre el que tanto escribió Cyril Connolly en *La tumba sin sosiego*, el remordimiento por haber aceptado “hábitos convencionales de existencia, debido a un conocimiento superficial de nosotros mismos”.

Los psicólogos austriacos que acuñaron el término “depresión de la tumbona” lo atribuyen a la incapacidad de los trabajadores para liberarse del estrés acumulado durante el año, la fatiga como causa de angustia. Pero esta experiencia de sinsentido súbito podría asociarse también a lo que sucede con los jubilados que mueren de tristeza lejos del trabajo, hombres y mujeres en la última recta del camino para quienes la vida se revela, descargada de pronto de su mecánica estéril, como una habitación inabarcable y vacía, una estancia tan larga que ni el arquero más diestro sería capaz de clavar su flecha en la pared del fondo. Los jubilados podrían convertirse en los artistas organizadores de ese vacío, esculpir al fin su propia existencia, pero no tienen ánimo para hacerlo. Después



+Cruceros, el “imperio” del tiempo libre.

de tomar el coche cada mañana, después de entrar en la oficina, clasificar archivos, almorzar rápido y mal, volver a clasificar archivos, dejar el trabajo, beber una cerveza, regresar a casa, encontrar al cónyuge, besar a los niños, comer un sándwich con la televisión de fondo, acostarse y dormir, desempeñando el mismo papel durante cuarenta años, sin salidas de tono ni variaciones reales, al jubilado se le expulsa de la escena laboral para que sea, finalmente, él mismo. Pero ignora cuál es su parlamento auténtico, pues ha vivido bajo una lastimosa continuidad de *clichés*. Además, tiene poco tiempo, apenas lo que queda entre la salida del público y el inicio de la nueva función. Poco tiempo y el cuerpo gastado y la memoria roída para amueblar de nuevo la habitación vacía, para comenzar de cero. ¿Tiene eso sentido?

Al trabajo se le ha concedido en todas partes el lugar de la identidad, nos atareamos para *ser alguien* a la vista de los demás. Y si el trabajo es la única forma de realización personal, entonces la jubilación se convierte en una repentina supresión del

rostro, la entrada en la existencia sin mérito. Por eso, para muchos jubilados, que nunca fueron educados en el uso fecundo de su tiempo, el retiro es como un arribo anticipado a la fosa común. El asunto empeora cuando son despojados de sus fondos de retiro, hoy expuestos a las veleidades de Wall Street, también llamadas “fluctuaciones financieras”. La economía de mercado desprecia a la vejez, torpe, maniaca e improductiva, tanto como la despreciaban los jóvenes del *Diario de la guerra del cerdo*, la perturbadora novela de Bioy Casares donde un batallón de muchachos se empeña en exterminar de una vez por todas a los ancianos. No veo diferencia alguna entre el cinismo soslayado de este sistema de locura y fraude en el que vivimos, su crueldad implícita, y aquella cacería sin cuartel de viejos lentos y encorvados por las calles de Buenos Aires: después de haberle exprimido hasta el último centavo, la sociedad despacha al jubilado hacia la muerte por la puerta de atrás, desnudo. Ha dejado de ser empleado y consumidor, ahora es un ocioso, y de él lo único que

interesa al banco es especular con su pensión. ¿Y si lo pierde todo en un revés bursátil? Qué más da, el viejo estaba a un paso de la tumba.

Me he quedado pensando todo el día en la tristeza de los jubilados y la depresión de los vacacionistas, dos mundos que solo pueden tener un final siniestro cuando se funden inevitablemente, como intuyó Michel Houellebecq en una crónica sobre un contingente de jubilados en vacaciones que aparece hacia el final de *El mundo como supermercado*. Lo escalofriante es que ese grupo de hombres y mujeres retirados de la vida activa alguna vez fueron jóvenes animadores destinados a entretener vacacionistas de todo tipo, pero sobre todo jubilados, en el Holiday Inn Resort de Safaga, en la costa del Mar Rojo, un hotel inmenso con más de trescientas habitaciones y discoteca y *coffee-shop* y terraza de espectáculos y hasta centro comercial, una ciudad con todo a la mano, incluido un clima de ensueño y animadores infatigables que un día, sin embargo, se convierten en animadores retirados, es decir, en viejos de apenas cincuenta años reemplazados por jóvenes atléticos destinados a entretener vacacionistas de todo tipo pero, también, animadores jubilados. Como en las familias circenses, en la ronda generacional de los animadores parece que no hay variación posible; ni pasado ni presente ni futuro: cada día vuelve a empezar, idéntico a sí mismo, el círculo perverso donde el pseudoocio de nuestra época se ha convertido en una extensión del trabajo. “Hace tiempo, éramos animadores de los lugares de vacaciones; nos pagaban para entretener a la gente, para intentar entretener a la gente. Después, ya casados (o más a menudo divorciados), volvemos a esos lugares de vacaciones, esta vez como clientes. Los jóvenes, otros jóvenes, intentan divertirnos. Por nuestra parte, intentamos tener relaciones sexuales con algunos miembros del lugar de vacaciones (a veces ex animadores y a veces no). A veces lo conseguimos; la mayoría de

las veces fracasamos. No nos divertimos mucho. Nuestra vida ya no tiene sentido.” De ese modo, el tedio deposita en la playa los restos del ocio destruido. Y nadie se sorprende cuando alguien encuentra el cadáver de un ex animador “entre dos aguas en la piscina que miraba al mar”.

En fin. Miro por mi ventana que no da al mar y no puedo dejar de pensar en la jubilación y las vacaciones (yo que no tengo cuenta de retiro y vivo en mis vacaciones permanentes, que para eso me hice escritora), dos rostros desoladores y mórbidos del falso ocio de nuestra época, la forma en que los tiempos cada vez más estrechos que la sociedad concede al hombre para el auténtico disfrute de sí se transforman en su reverso: una temporada en el infierno. —

INNOVACIÓN DIRECTO A SIBERIA

de VÍCTOR BELTRI

Ahora prácticamente todos tenemos ordenadores y los usamos, aun dentro de diferentes niveles de eficacia, de forma habitual. Esta manera de trabajar y de ordenar nuestro trabajo, que no solamente computarla —es por eso que prefiero la denominación hispánica antes que la americana—, nos permite una eficiencia que, hasta hace un par de décadas, sería imposible de imaginar.

Pongámonos por un momento en los zapatos de un burócrata cualquiera, en una oficina de la Unión Soviética, a mediados de los años cuarenta del siglo pasado. Imagine las montañas de papel acumulado, los procedimientos absurdos, las labores repetitivas. El ruido constante de las máquinas de escribir, las miradas de reojo, la vida gris y monótona de quien sabe que destacar un poco puede costarle, literalmente, la cabeza.

Es en este entorno en el que Genrich Altshuller, un ingeniero ruso, comenzó a ver el orden dentro del caos. Altshuller, quien se dedicaba a revisar, rectificar y documen-

tar las solicitudes de patente para la armada soviética, descubrió que las propuestas de innovación seguían, por lo general, patrones que se repetían. Ahí estaban, de una u otra forma, en las decenas de miles de documentos que pasaban por sus manos. Lo vio claro: contradicciones técnicas que debían resolverse a través de nuevas invenciones.

Así, se dedicó a clasificar las patentes de acuerdo a principios inventivos definidos por él mismo, para tratar de abstraer, de esta forma, la esencia de la innovación. En un momento dado, y seguro de que sus ideas podían tener aplicaciones prácticas, concretas, envió una carta a Stalin con propuestas para mejorar la tecnología soviética. La respuesta de Stalin fue inmediata, e incluso entusiasta: veinticinco años en Siberia para el innovador que se atrevía a cuestionar la efectividad del sistema soviético.

España apostó, durante mucho tiempo, a un crecimiento basado en el sector de la construcción. La economía del ladrillo. Era frecuente escuchar cómo una familia de clase media tenía, además de su hogar, una segunda vivienda, ya fuera para alquilarla o para pasar las vacaciones. El sector creció tanto, y tan de prisa, que poco a poco los precios de las casas comenzaron a subir, aunque de igual forma el crédito estaba abierto para todo el mundo. Los españoles comenzaron a comprar casas caras, que no necesitaban, con créditos relativamente baratos y fáciles de obtener. El porcentaje de la población que se dedicaba a la construcción era altísimo, y producía tanto dinero que muy poca gente pensaba en lo que podría ocurrir cuando eso terminara.

Pero terminó. La burbuja finalmente explotó, y los españoles perdieron sus empleos y no pudieron seguir pagando sus casas. Se dieron cuenta, de forma tardía y dolorosa, de que el modelo que decidieron seguir no había funcionado: actualmente, la economía española enfrenta un desempleo de cerca del 20 por ciento. Veinte por ciento. La

cifra se eleva si solamente se considera a la población menor de veinticinco años: casi el 45 por ciento de la población está desempleada. Jóvenes que no estudian, que no trabajan, y cuyos conocimientos y experiencias son, en muchas ocasiones, obsoletos.

El presidente de gobierno español, queriendo rescatar la economía, ha declarado que la apuesta de su administración sería por la innovación. Pero, ¿cuál innovación?

Existen, actualmente, dos grandes modelos de innovación: el modelo de innovación progresiva, mayormente adoptado por las economías orientales, y el modelo de innovación disruptiva, típicamente occidental. Cuando los japoneses, hace décadas, copiaban los inventos que les llegaban de occidente, para posteriormente mejorarlos, hacían innovación progresiva. También es a lo que llegó Altshuller, con sus principios inventivos, en su oficina de patentes burocrática. Por cierto, esta historia tiene un buen final, puesto que salió de Siberia un par de años después, tras la muerte de Stalin, y siguió desarrollando su metodología, que actualmente recibe el nombre de TRIZ y ha sido adoptada, exitosamente, por muchas de las grandes empresas que son reconocidas internacionalmente por su alto grado de innovación. Murió en 1998, en su natal Rusia, en medio del reconocimiento internacional.

El modelo occidental plantea cambios disruptivos a partir de la creación de las condiciones propicias para que estos aparezcan. Parques tecnológicos, creación de empresas, formación de informadores. Todo listo para que la gente se mueva en un ambiente que poco a poco se va cargando hasta que un día, por fin, brota la chispa y arrastra a los demás consigo. Silicon Valley es un ejemplo perfecto.

No hay un modelo superior a otro. A pesar del debate que existe al respecto, en realidad son complementarios. En términos llanos, sin innovación disruptiva jamás se habría inventado el aeroplano, pero sin innovación progresiva los viajes espaciales

seguirían siendo ciencia ficción (por cierto, Altshuller fue, además, escritor de este género, con relativo éxito).

En México no le hemos apostado a la economía del ladrillo, como lo hizo España, pero tenemos décadas dependiendo del petróleo, que no es renovable; de las remesas, que podrían desaparecer si cambian las condiciones de la economía estadounidense; del turismo, que duda en venir dadas las condiciones de inseguridad y, finalmente, de los flujos que inyectan a la economía informal las actividades ilícitas, que deberían desaparecer si el gobierno cumple con sus objetivos.

Así, mientras las condiciones macroeconómicas son propicias, y antes de que comiencen a desaparecer nuestras principales fuentes de ingreso, cabe preguntarnos cuál será nuestro modelo de innovación, de acuerdo con las condiciones de nuestra industria y nuestra situación geopolítica. Tenemos que encontrar la respuesta, y pronto. No podemos darnos el lujo de enviar a nuestros innovadores a Siberia; además, en las condiciones actuales, prácticamente se están yendo solos. —

JAPÓN

MEJOR Y PEOR QUE CHERNÓBIL

—SONJA SCHMID

Los sucesos en la planta nuclear de Fukushima Daiichi son peores de lo que los peores escenarios habían predicho. Se estima que tres reactores están dañados pero nadie sabe a ciencia cierta la extensión del daño porque el tsunami arrasó con la mayoría de los instrumentos que permiten a los operadores medir, entre otras cosas, el nivel del agua. Porque las explosiones de hidrógeno destruyeron los techos, ha crecido la preocupación acerca de los depósitos de combustible gastado dentro de las cámaras secundarias de almacenamiento. El combustible gastado, al ser liberado por los núcleos de los reactores, es extremadamente radiactivo. Si el combustible se desintegra (o se



+Fukushima, una historia abierta.

“funde”) por no enfriarse lo suficiente, existe la posibilidad de que alcance niveles críticos, ya sea dentro del núcleo antes de ser liberado o ya en los depósitos. En otras palabras, una reacción nuclear en cadena, completamente autosuficiente, podría comenzar y el fuego podría esparcir la radiación —dependiendo de los vientos y las condiciones atmosféricas— incluso más allá de Japón.

Si los operadores logran reconectar la estación a una fuente de poder externa deben estar en posibilidades de atacar el problema del enfriamiento; esto asumiendo que suficiente equipo auxiliar siga funcionando. No obstante, quedan meses, quizá años, de trabajo de mitigación. Es probable que este sea, ahora, el mejor escenario posible. Los únicos puntos de comparación que tiene la gente son los desastres de Three Mile Island en 1979 y el de Chernóbil en 1986. En el mejor de los casos, estos eventos son recuerdos vagos en la mente de las personas; en el peor, son caricaturas magnificadas. En la Escala Internacional de Eventos Nucleares, un

instrumento creado en 1989 por los expertos del Organismo Internacional de Energía Atómica y la Agencia para la Energía Nuclear de la OCDE, Three Mile Island fue calificada como nivel 5 (“accidente con riesgo fuera del emplazamiento”) y Chernóbil como nivel 7 (“accidente grave”). Los periodistas y analistas se han aferrado a la escala para clasificar el evento en Fukushima (el nivel ha sido modificado ya muchas veces) como si esos números significaran algo dadas las circunstancias tan cambiantes.

La situación en Fukushima Daiichi hace que los sucesos de Three Mile Island se vean como algo bastante manejable. Pero aún no es nada parecido a Chernóbil: los reactores en Fukushima fueron apagados con éxito antes que sus núcleos comenzaran a fundirse, el diseño de estos es completamente distinto y la cantidad de radiactividad fugada ha sido más limitada. Desde un punto de vista técnico, entonces, el desastre en Fukushi-

ma no está ni cerca de ser tan malo como Chernóbil.

Desde una perspectiva estrictamente organizacional, sin embargo, es mucho peor. En Chernóbil había un solo reactor con que lidiar, aquí hay tres –hasta ahora. En aquel momento había una inmenso ejército de conscriptos y un gobierno que reclutaba (“voluntariaba”) a cientos de miles de “liquidadores” para ayudar a mitigar el desastre; ahora hay una compañía que está pasándola muy mal para lograr juntar a cien trabajadores. Y, por último, la evacuación y el establecimiento de una zona de exclusión treinta kilómetros alrededor de Chernóbil fueron sin duda traumáticos para los locales y para la agricultura ucraniana, pero, considerando el tamaño de la entonces Unión Soviética, era sostenible por lo menos en principio. Japón es un país muchísimo más pequeño y mucho más densamente poblado. ¿Adónde irán las personas, y de qué manera compen-

sarán la tierra trabajable que han perdido?

Es muy pronto para enunciar las lecciones que hemos de aprender de Fukushima, incluido el significado de este desastre para el futuro de la energía nuclear. Sin duda la carrera para asignar culpas comenzará pronto, y personas desde ambos extremos del debate están afilando sus argumentos. Es importante tener en cuenta que las incertidumbres son una parte integral de todos los sofisticados sistemas tecnológicos actuales, sin importar los riesgos que anticipemos y las medidas de seguridad que implementemos. Enfrentados con el cambio climático, el crecimiento sostenido de la población mundial y una exigencia cada vez más alta de energía, esforzarnos al máximo por evitar que ocurra un desastre quizá ya no sea suficiente: necesitamos prepararnos para lidiar con ellos cuando aparezcan. —

© LONDON REVIEW OF BOOKS, MARZO 17, 2011
TRADUCCIÓN DE PABLO DUARTE

Por las mujeres todos los días, todos los derechos.

Gobierno Federal

El Gobierno Federal a través del Instituto Nacional de las Mujeres, por 10 años ha promovido programas y acciones en todo el país para alcanzar la igualdad entre mujeres y hombres, así, cada vez más mexicanas tenemos una mejor calidad de vida.

Con las mujeres construimos un México más fuerte.

www.gobiernofederal.gob.mx

www.inmujeres.gob.mx